

para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion.—Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre dominico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta, y á ello me decido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarne del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique.—Sí, señor, me respondió, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo; es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal: fuera de que, añadió, Don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea vd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robustos lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecia, cuando menos, el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.



CAPÍTULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.



QUINCE dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué difícil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta, vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije:—¿Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla.—¿Cómo así? querido padrino, exclamó mi ahijada sonrosándose un poco al oír mis últimas palabras, ¿no bien me ha visto vd. cuando ya piensa en separarme de sí?—No, hija mia, le respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

—Uno que tiene esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, pretende á la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un dia en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento. Poco adelantaria vd., le respondí, aunque yo se le concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á ustedes; mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.

—Pero en suma, dijo Escipion, ¿qué carácter tiene ese hidalgo? ¿Se parece acaso á la mayor parte de los de su clase? ¿Está envanecido con su nobleza y es insolente con los plebeyos?—¡Oh! lo que es eso no, respondió Beatriz. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años.—Nos haces, dije á Beatriz, un buen retrato de ese caballero: ¿cómo se llama?—Don Juan de Antella, respondió la muger de Escipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí, en compañía de una señorita jóven hermana suya.—Oí en otro tiempo, repuse yo, hablar de la familia de ese hidalgo, que es una de las mas nobles del reino de Valencia.—Aprecio menos, exclamó Escipion, la hidalguía que las buenas prendas; y ese Don Juan nos convendrá si es hombre de bien.—A lo menos esa fama tiene, dijo Serafina tomando parte en la conversacion; y los vecinos de Liria que le conocen, le ponderan mucho. Cuando oí estas breves palabras á mi ahijada, me sonreí mirando á su padre, el cual conoció por ellas como yo, que aquel galan no desagradaba á su hija.

Tardó poco el caballero en saber nuestra llegada, y dos dias despues vino á presentarse en nuestra quinta. Se nos acercó con buenos modales; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díjonos que, como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose todo en recíprocos cumplimientos; y Don Juan, sin hablarnos una palabra de su amor á Serafina, se retiró, rogándonos solamente que le permitiéramos repetir sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de serle muy gustosa. Despues que se fué, nos preguntó Beatriz, qué tal nos parecia aquel hidalgo: le respondimos que nos habia prendado y que nos parecia que la fortuna no podia ofrecer mejor colocacion á Serafina.

Al dia siguiente, despues de comer salí con el hijo de la Coscolina para ir á pagar la visita que debiamos á Don Juan. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un aldeano, que despues de haber caminado tres cuartos de legua nos dijo:—Aquella es la quinta de Don Juan de Antella. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y estuvimos largo rato sin verla, hasta que llegando al pié de un collado la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos arboles, cuya frondosidad y espesura la ocultaban á la vista. Tenia un aspecto antiguo y deteriorado, que acreditaba menos la opulencia que la nobleza de su dueño. Sin embargo, cuando ya estuvimos dentro, advertimos que el aseo y buen gusto de los muebles, recompensaba la caduca vejez del edificio.



Don Juan nos recibió en una sala decentemente adornada, en donde nos presentó una señora que nombró delante de nosotros su hermana Dorotea, y que podía tener de diez y nueve á veinte años. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, cuidadosa de parecernos bien; y presentándose á mi vista con todos sus atractivos, hizo la misma impresion que Antonia, es decir que me quedé turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Escipion lo pudo advertir. Nuestra conversacion versó como la del dia anterior, sobre el contento mútuo que tendríamos de vernos algunas veces, y de vivir con la armonía de buenos vecinos. Don Juan no tomó todavía en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que le pudiese dar ocasion á declarar su amor, persuadidos de que en ese punto lo mejor era dejarle venir. Durante la conversacion echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de simular mirarla, lo menos que me era posible; y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas eran estas otras tantas flechas con que me atravesaba el corazon. Confesaré con todo, por hacer recta justicia al objeto amado, que no era una hermosura completa: aunque tenia la tez muy blanca, y los lábios mas encarnados que la rosa, su nariz era un poco larga, y sus ojos pequeños; pero sin embargo, el conjunto me embelesaba.

En suma, no salí de casa de Antella con el sosiego con que habia entrado, y al volverme á Liria con la imaginacion puesta en Dorotea, no veia ni hablaba sino de ella.—Qué es esto, mi amo? me dijo Escipion mirándome como suspenso: mucho le ocupa á vd. la hermana de Don Juan: ¿le habrá inspirado á vd. amor?—Sí, amigo, le respondí, y estoy corrido de ello. ¡Oh cielos! yo que desde la muerte de Antonia he mirado mil hermosuras con indiferencia, ¿será posible que encuentre á la edad en que me hallo una que me inflame sin que yo lo pueda resistir?—Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, parecíame á mí que debia vd. celebrar esta aventura en vez de quejarse de ella: vd. se halla todavía en una edad en que nada tiene de ridículo abrasarse en una amorosa llama, ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que le haya quitado la esperanza de agradar. Créame vd., la primera vez que vea á Don Juan, pídale sin temor su hermana, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que, aun cuando quisiese absolutamente casarla con algun hidalgo, vd. lo es, pues tiene su ejecutoria que basta para su posteridad. Despues que el tiempo haya echado á tal ejecutoria el espeso velo que cubre el origen de todas las familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la descendencia de los Santillanas será de las mas ilustres.



CAPITULO ULTIMO.

De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana.



NIMÓME tanto Escipion á declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me es ponía un desaire. Con todo eso no me determiné á ello sin cierto recelo. Aunque mi rostro disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia, sin miedo de no ser creído, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiera agradar á una muger jóven y hermosa. Sin embargo, resolví arriesgarme, y hacer la peticion la primera vez que viera á su hermano, el cual, por su parte, no teniendo seguridad de conseguir á mi ahijada, no estaba sin zozobra.

Volvió á mi quinta al dia siguiente por la mañana á tiempo que acababa de vestirme.—Señor de Santillana, me dijo, hoy vengo á Liria á tratar con vd. de un asunto muy serio. Hícele entrar en mi despacho, y desde luego empezó á hablar sobre el particular.—Creo, me dijo, que no ignora vd. el negocio que me trae. Yo amo á Serafina: vd. lo puede todo con su padre: suplícole favorezca mi pretension, disponiendo que consiga el objeto de mi amor: deba yo á vd. la felicidad de mi vida.—Señor Don Juan, le respondí, ya que vd. ha ido derechamente al asunto, no estrañe que yo imite su ejemplo, y que, despues de haberle prometido mis buenos oficios para con el padre de mi ahijada, implore los de vd. para con su hermana.

Á estas últimas palabras Don Juan dejó escapar un tierno suspiro del cual inferí un agüero favorable.—¡Es posible, señor, exclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazon!—Me ha encantado, le dije, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo si mi pretension agradase á uno y á otro.—De eso debe vd. estar seguro, me replicó, pues aunque somos nobles, no desdenamos el enlace de vd.—Me alegro, repuse yo, que no tenga vd. dificultad en admitir por cuñado á un plebeyo: esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio; pero sepa vd. que, aun cuando su

vanidad le indujese á no permitir que su hermana diera la mano á ninguno que no fuera noble, todavía tenia yo con que contentar su presuncion. Veinte y ocho años me he empleado en las oficinas del ministerio; y el rey, para recompensar los servicios que hice al estado, me gratificó con una ejecutoria de nobleza que voy á enseñar á vd. Diciendo esto, saqué la ejecutoria de un cajon, entreguéla al hidalgo, que la leyó de cruz á fecha atentamente con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvérmela: Dorotea es de vd.—Y vd., exclamé yo, cuente con Serafina.

Quedaron, pues, determinados de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, y solo restaba saber si las novias consentirian gustosas: porque ni Don Juan ni yo, igualmente delicados, pretendiamos conseguir las contra su voluntad. Volvióse este hidalgo á su quinta de Antella á participar mi pretension á su hermana, y yo llamé á Escipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habi tenido con Don Juan. Beatriz fué de dictámen que se le admitiese por esposo sin vacilar, y Serafina dió á entender con su silencio que era del mismo parecer que su madre. No fué de otro su padre; pero mostró alguna iuquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapé la boca á Escipion, diciéndole que eso me tocaba á mí, y que yo le daba cuatro mil doblones de dote á mi ahijada.

Fuí á ver á Don Juan aquella misma tarde.—Vuestro asunto, le dije, va á pedir de boca; deseo que el mio no se halle en peor estado.—Va que no puede ir mejor mejor, me respondió; no he necesitado emplear la autoridad para obtener el consentimiento de Dorotea. La persona de vd. le contenta, y sus modales le agradan. Vd. recelaba no ser de su gusto, y ella teme con mas razon que, no teniendo que ofrecerle sino su corazon y su mano. . . .—¡Qué mas puedo desear! exclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada mas pido. Soy bastante rico para casarme con ella sin dote, y con solo poseerla, quedarán colmados todos mis deseos.

Don Juan y yo, completamente satisfechos de haber conducido dichosamente las cosas á este estado, resolvimos escusar todas las ceremonias superfluas para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio se despidió de nosotros, prometiendo volver al dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á esta señorita, me obligó á emplear por lo menos tres horas largas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me

pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozalbete que se dispone á ir á ver su querida, esto es un recreo; mas para un hombre que comienza á envejecer, es una ocupacion. Con todo, fuí mas afortunado de lo que esperaba; volví á ver á la hermana de Don Juan, y ella me miró con semblante tan favorable, que todavia me presumí valer alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion: quedé hechizado de su carácter y de su juicio, y me persuadí de que con buen tratamiento y mucha condescendencia podria llegar á ser un esposo querido. Lleno de tan dulce esperanza envié á buscar dos escribanos á Valencia, que formalizaron la escritura matrimonial. Despues acudimos al cura de Paterna, que vino á Liria y nos casó á mí y á Don Juan con nuestras novias.

Encendí, pues, por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger virtuosa, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á llenar sus deseos, tardó poco en enamorarse de mí como si yo estuviera en mi juventud. Por otra parte, en Don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal, y lo mas singular fué que las dos cuñadas contrajeron la mas estrecha y sincera amistad. Por mi parte advertí en mi cuñado tan buenas prendas, que le cobré un verdadero cariño, que no me pagó con ingratitud. En fin, la union que reinaba entre nosotros era tal, que cuando teniamos que separarnos por la noche para volvernos á reunir el dia siguiente, esta separacion no se verificaba sin sentimiento; lo que dió motivo á que ambas familias nos resolviésemos á no formar mas que una sola, que tan pronto vivia en la quinta de Liria como en la de Antella, á la cual para este efecto se le hicieron grandes reparos con los doblones de S. E.

Tres años hace ya, amigo lector, que paso una vida deliciosa al lado de personas tan queridas. Para colmo de mi dicha el cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, y cuya educacion va á ser el entretenimiento de mi ancianidad.

